



Jones, Daniel E.

**Clifford Geertz, Reflexiones antropológicas  
sobre temas filosóficos, Buenos Aires, Paidós,  
2003, 254 páginas.**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

Jones, D. E. (2004). Clifford Geertz, *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Buenos Aires, Paidós, 2003, 254 páginas. *Revista de ciencias sociales*, (15), 225-228. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes  
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1398>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

**Clifford Geertz, *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos***, Buenos Aires, Paidós, 2003, 254 páginas

Politólogos, sociólogos y psicólogos, entre otros, nos hemos abocado a la lectura de los trabajos de este antropólogo norteamericano desde la aparición de *La interpretación de las culturas* [edición en inglés en 1973; en castellano en 1987, por Gedisa] y *Conocimiento local* [1983; 1994 por Paidós], buscando pistas teóricas para llevar adelante nuestras investigaciones.

En su trayectoria académica y vital narrada magníficamente en el primer ensayo del libro (“Paso y accidente: una vida de aprendizaje”) encontramos algunas claves de la amplia recepción de Geertz entre los científicos sociales contemporáneos que no provienen de la antropología: una formación fuertemente interdisciplinaria, gran diversidad de objetos (sujetos) y experiencias de investigación, notable precisión para dotar de densidad a su campo de estudio, y una vocación de articular cruces disciplinarios fructíferos para aumentar la comprensión de lo social. Estudia filosofía en el Antioch College (Ohio), gracias a una beca a los ex combatientes de la Segunda Guerra Mundial, para luego doctorarse en antropología en un experimental departamento interdisciplinario de “Relaciones Sociales” de la Universidad de Cambridge (Massachusetts), donde la antropología cultural novedosamente se articula con la sociología y la psicología. Dentro de esta formación, destaca no sólo los intensos intercambios e influencias recibidas por el clima intelectual (ese espíritu de época marcado por el giro lingüístico, el giro hermenéutico y el constructivismo, entre otros), sino

también sus experiencias de trabajo de campo etnográfico en Indonesia (Java y Bali) y, más adelante, Marruecos.

Lejos del tono autobiográfico del primer ensayo, en el segundo Geertz da cuenta del *estado de la cuestión* en la antropología, disciplina sobre la que se conjugan hoy dos miradas: una, la de quienes no son antropólogos, a la que señala como una poderosa fuerza regenerativa en los estudios sociales y humanos, y otra, la de los propios antropólogos, que refleja la inquietud por la falta de coherencia interna, la debilidad metodológica y cierta hipocresía política de su disciplina (la última, vinculada al rol de la investigación antropológica durante los regímenes coloniales). Así, reconstruye y analiza ciertas controversias (la de G. Obeyesekere y M. Sahlins, y la de P. Clastres y J. Clifford –esta última no tuvo lugar como tal–) que dotan de vitalidad a la antropología sociocultural al poner en juego (no superficial ni explícitamente, sino profunda y tácitamente) qué tiene de único y original la antropología para ofrecer a las ciencias humanas. Y ante esta pregunta que guía el ensayo, no es casual que Geertz concluya argumentando a favor de las ideas de observadores situados, datos circunstanciados y teorías originadas en contextos particulares y validadas por su capacidad de ordenar dichos contextos en su plena particularidad, elementos que componen una orientación del tipo “conocimiento local” como la que sostiene. En esta línea, también apunta críticas tan sarcásticas como precisas a las nociones de universales, generalizaciones y leyes en antropología y, en algunos casos, en ciencias sociales en general.

En los siguientes cuatro ensayos, retoma a un pensador distinto en

cada uno, realizando críticas a sus propuestas (o a sus recepciones), pero también recuperando los aportes que aún hoy resultan fecundos para las ciencias sociales.

Ya en *El extraño extrañamiento* revisa la constante (y justificada) polémica de Ch. Taylor contra las ciencias naturales, en tanto “invasoras” de las ciencias humanas, notando que al polarizar entre unas ciencias humanas interpretativas y unas ciencias naturales caracterizadas genéricamente y de manera cristalizada en el tiempo, Taylor crea un abismo completo, fijo e insalvable que termina atentando contra el progreso de ambas. En contraposición, Geertz sugiere dar cuenta de la dimensión histórica y la importancia cultural de las ciencias naturales, religándolas a sus raíces humanas para combatir su ‘naturalización’.

T. Kuhn y *La estructura de las revoluciones científicas* son los objetos de reflexión del cuarto ensayo, cuyo gran impacto explica en términos de haber sido el texto apropiado en el momento justo ¿Por qué? Escrito durante la década del '50 y publicado en 1962, *La estructura...* cuestionó y transpuso por primera vez la línea que separaba a la ciencia como forma de actividad intelectual (modo de saber) de la ciencia como fenómeno social (modo de actuar), preparando el terreno para intervenciones como las de M. Hesse, I. Lakatos, M. Foucault e I. Hacking, entre otros. La insistencia de Kuhn en que la historia de la ciencia es la historia del crecimiento y sustitución de comunidades científicas, normativamente definidas, dirigidas de maneras variadas y claramente competitivas, abrió las puertas para la irrupción de la sociología del conocimiento en el estudio de esas ciencias.

Bajo el título *Una pizca del destino*, y problematizando la idea de experiencia de W. James, propone rastrear las dimensiones religiosas de amplios fenómenos contemporáneos como la “búsqueda de identidad” y los conflictos políticos y culturales que emergieron desde el fin de la Guerra Fría (el caso de la ex Yugoslavia es paradigmático) y fueron acentuados por la magnitud y velocidad de las migraciones. Observa cómo la experiencia, entendida como un estado de fe subjetivo e individualizado (tal como la veía James), irrumpe hoy como una sensibilidad común de un actor social que se afirma en términos religiosos. Geertz, anticipándose a los recientes conflictos entre los EEUU y parte del mundo árabe, afirma que las cuestiones religiosas se encuentran actualmente en el centro de la vida social, política y hasta económica, fenómeno que parece estar creciendo tanto en escala como en importancia. Así las cosas, urge una comprensión de estos cambios profundos en la sensibilidad religiosa, comprensión que reconozca a las nociones de experiencia, sentido, identidad y poder como imprescindibles e implicándose mutuamente en la vida religiosa (pública y privada, comunitaria e individual).

En *Acta del desequilibrio*, repasa la trayectoria del psicólogo J. Bruner hasta llegar a su actual propuesta, tan ambiciosa como ecléctica, de pensar la experiencia y el conocimiento de los seres humanos como organizados en términos narrativos. Lo que atrae a Geertz de las ideas de Bruner (la cultura como social e históricamente construida, los seres humanos como “creadores de sentido” desde el nacimiento, entre otras afirmaciones) es su carácter subversivo respecto a las tradiciones consolidadas de la investigación psicológica. Sin embar-

go, le sugiere relacionar a la historia, la cultura, el cuerpo y el funcionamiento del mundo físico como determinantes de la vida mental de cualquier persona, evitando un eclecticismo tranquilizador que concilie los distintos abordajes de la mente. Y sobre estos temas trata el siguiente ensayo, *Cultura, mente, cerebro / Cerebro, mente, cultura*, en el que analiza el cruce entre psicología y antropología. Desde el momento en que L. Wittgenstein (ese maestro que reconoce en varios pasajes del libro) demolió la idea de una lengua privada, dando por tierra con la localización de la mente dentro de la cabeza y de la cultura fuera de ella, las mencionadas disciplinas comparan una serie de desafíos e interrogantes en su proyecto de construir ciencias sobre dichas cuestiones. Así, Geertz inicia un repaso de las distintas tentativas de articular cerebro, mente y cultura, considerando que el mejor camino para comprender lo biológico, lo psicológico y lo sociocultural es como complementos y aspectos (no niveles ni entidades) que se constituyen unos a otros recíprocamente. El campo de estas iniciativas, nuevamente, se presenta como disperso, irregular y resistente a los intentos de síntesis, por lo que se torna necesario un doble movimiento de especialización técnica cada vez más profunda de cada disciplina, junto con debates frontales que no renuncien a la pretensión de estrechar los vínculos conceptuales y los acuerdos metodológicos.

En el extenso último ensayo, *El mundo en pedazos*, analiza las nuevas misiones y desafíos de la teoría política hoy, intentando responder a ¿qué es un país si no es una nación? y ¿qué es una cultura si no es un consenso?, preguntas que se tornan

urgentes ante el fraccionamiento, la inestabilidad y el carácter descentrado del mundo post-Muro de Berlín. En esta empresa, discute términos de la teoría política (nación, Estado, pueblo y sociedad) y de la descripción cultural (identidad, tradición, afiliación y coherencia), escapando tanto al “posmodernismo” escéptico como a la búsqueda de conceptos pretendidamente totalizantes (cuyo ejemplo más conocido es el de civilizaciones de Huntington).

Los ensayos que componen el libro revisan y discuten cuestiones de antropología, teoría política, psicología cultural y cognitiva, estudios culturales, ciencias naturales y su estatus epistemológico, estudios de religión. Así, Geertz tiene el mérito de introducirnos y actualizarnos en una amplia gama de debates contemporáneos, abarcando una diversidad de temas que refleja su propia amplitud de intereses.

Cabe mencionar que esta edición en castellano no incluye los tres ensayos más importantes de la versión original en inglés (*Available Light. Anthropological Reflections on Philosophical Topics*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2000), también presentes en la edición en portugués: “El pensamiento como Acto Moral”, “El Anti Antirrelativismo” y “Los usos de la diversidad”. Dichos artículos (anteriores a la década de 1990) abordan las discusiones de carácter más epistemológico y metodológico, que no parecen estar contempladas explícitamente en los presentes ensayos.

Sin embargo, más allá de este y otros señalamientos (como el riesgo, siempre latente en una empresa tan ambiciosa, de tratar muchos temas pero superficialmente), este trabajo nos habla de una actualización, receptividad y rigurosidad envidiables

y dignas de ser tomadas como ejemplos por todos aquellos que hacemos ciencias sociales. Mediante una inteligente crítica, en la que articula ironía e inconformismo (que se refleja, por ejemplo, en su evaluación de los estudios culturales), Geertz no sólo señala los límites e implicancias de los pensamientos que revisa, sino que rescata y reelabora lo que aún nos sirve para pensar diversos fragmentos

del mundo sociocultural hoy. Además, demuestra poseer una de las plumas más precisas y provocativas dentro de las ciencias sociales contemporáneas, al presentar sus ideas con una escritura inusualmente exquisita para este género discursivo, lo que nos permite verdaderamente disfrutar sus aportes.

*Daniel Jones*